

Impresiones de la Corte

...Y llegué á Madrid, después de muy mal viaje que pude hacer muy bueno, sinó hubiera dejado mi clase de billete por otra inferior, con el único móvil de acompañar á querido y antiguo amigo.—

Llegué á Madrid, repito, con el mismo estado de alegría en que se encuentra inocente niño al contemplarse con zapatos nuevos. Y llegué con ese gozo natural, con esa complacencia intrínseca, con ese deseo de ver lo que no se ha visto tiempo hace, y se quiere con esa verdad que brota al recuerdo de lo que, en otro tiempo, nos proporcionara horas felices de bienestar noble, tranquilo, dulce, desinteresado, inexplicable.

¿Y qué encontré á mi llegada en la indiscutiblemente grandiosa Capital del Ibérico suelo? ¿Qué variaciones, qué algo nuevo pude observar en ella?

Nada. Todo está igual que cuando hace años la dejara, tras larga visita; todo está lo mismo, menos el desenfreño en las costumbres públicas,—en los privados *no entro*;—todo está de modo idéntico á como estaba cuando lo abandoné en el año novecientos siete, en el mismo día en que escribo,—hace cuatro años,—menos la escandalosa impudicia que hoy, por todas partes se respira, y se ve y se oye.

Y es que, entonces, no estaba al frente de los destinos del Estado un demócrata, como Canalejas, ni un Ministro de la Gobernación, como el actual Barroso.

Yo no digo—¡y Dios de éllo me libre!—que aquellos fueran, en el fondo más morales que lo sean estos; pero lo que sí afirmo, en firme, es que, entonces se guardaban las *formas* bastante más que hoy se guardan.

Ya escucho el clamoreo. A mí ya llegan las voces estruendosas de las masas: «¡La civilización, el progreso, la democracia, la europeización, en fin, es quien todo lo dirige; es quien se impone! ¿Y las modas? ¿Y las costumbres de las Naciones que van á la cabeza de la civilización moderna? ¿Porqué no hemos de seguirlas y aceptarlas?».

Venid acá, desenfundados que en contra de mis quejas os levantáis furibundos. Venid acá, y oid, breves momentos:

¿Queréis libertades? Os las concedo. ¿Soñais con impudicias? Ellas formarán el ambiente que respiréis. Anheláis que el pueblo abra los ojos, y conozca lo que nunca vió y lo que los *neos*, los *oscurantistas*, los defen-

sos del verdadero orden le prohibieron conociera y viera y se apropiara? Pues también os lo otorgo de buen grado, sin violencias, sin reparos, sin distingos. Pero contestad y contestad categóricamente, sin ambages, ni titubeos, ni vacilaciones. ¿Porqué clamáis en contra de lo que yo condeno, cuando vais acompañados de vuestra hijas ó de vuestras esposas, y, al paso veís uno de esos cuadros que, en vuestras mocedades, pintarais con maestría perfecta?

¿Porqué en público, condenáis lo que hacéis en privado? ¿Porqué, en fin, no repudiáis, como malo, lo que en sí lo fuera; lo que vosotros sabéis que es y porqué lo es, y os escandaliza lo que antes constituyó vuestro deleite? ¿Porqué se levanta vuestra voz al Cielo, en contra de aquello mismo que, otro tiempo, hizo que, por vuestra exclusiva culpa, hiciera, que, otros, al Cielo mismo sus voces levantaran?

¡Arcano impenetrable, misterio profundo! Mas, ¿qué digo? ¡No, no es un misterio, ni es un arcano, ni es de nadie desconocida esta forma de ser del ser humano. Hoy como manchado, señala, lo que ayer él mismo cubrió de lodo inmundo; hoy, como dice inmortal poetisa, empaña el espejo que ha de ver mañana, que no está claro; hoy se rie de las lágrimas que ayer hizo derramar á torrentes; hoy se burla de la indigencia de aquellos á los que él mismo también ayer sumiera. ¿Porqué? Por la depravación; por el ostragamiento de las costumbres; porque todo lo invade el vicio, y todo lo inspira la perversión y todo lo puebla la liviandad.

Esto es en mi pobre juicio, la causa ocasional del estado de impudicia que se respira en Madrid, teniendo su principal fuente, en las mal entendidas libertades que el pueblo goza, que el pueblo tiene, que el pueblo ignorante respira.

Ya se sabe, y nadie podrá dudar por un momento, que no es posible poner de pronto infranqueable dique á río desbordado, ni muralla firme á caballo sin freno, sin peligro próximo á que aquella sea destruida y éste estrellado. Pero si este Gobierno hubiera seguido la senda que el Gobierno del Señor Maura preparó, desengañémonos todos, tal vez se hubiera corregido, sinó en todo, en parte, el vicio que por doquiera se respira.

Se cerraron en aquel tiempo cafés y tabernas, á altas horas; se reglamentaron centros de corrupción y establecimientos públicos en los que la vergüenza y el honor eran arrancados al que los poseyera; se persiguió en todo lo posible el vicio y las liviandades, y disminuyeron de grandioso modo los

crímenes, se dictaron tan hermosas como severas leyes encaminadas á que fueran respetados menores y mayores, y el respeto fue una verdad más verdadera que hoy lo es; se procuró, por mil medios, que cada uno cumpliera con sus deberes, para que pudiera exigir derechos, y, hay que desengañarse, se cumplía con aquellas más que hoy se cumple, y se exigían meaos derechos que hoy se exigen.

Y dirá, tal vez, el lector: ¿Pero es sólo en Madrid donde tal sucede? ¿Hay nada más depravación de costumbres en la Corte, y sólo en la Corte son un mito las leyes, y sólo en la Corte tienen lugar las infracciones legales? ¡Ca! No, no es sólo en Madrid. Todo es igual en todas partes. Y es porque de igual manera que en el organismo humano, si la cabeza no está sana, sanas no pueden estar las demás partes que lo integran y forman, así, de igual modo, si la cabeza del suelo Ibero no está bien, no puede estar bien el resto de las partes que forman é integran la Península.

El vicio emana de arriba, de lo alto, y teniendo en lo alto su origen, su génesis, baja velózmente, con la velocidad estrepitosa de la gravedad, como cuerpo pesado que de lo alto desciende, y se propaga con la rapidez de reguero de seca pólvora. Pero si á piedra que baja se le pone paracaídas á determinada altura, no chocará contra el suelo, y si á la pólvora se humedece no prenderá en ella el fuego, ni hará estragos en su explosión.

Si el actual Gobierno ya que no supo ó no quiso dictar disposiciones severas á este fin encaminadas, porque bebe en fuentes extranjeras el agua que le da vida; aguas infestadas de inmoralidad, de crónicas innobles; si nuestros go bernantes se inspiran en los de Francia, gobiernos sin Dios, ¿cómo vamos á pedir que los nuestros lo tengan, ni como podremos lograr que se modifiquen las costumbres?

De ningún modo. Empiecen los altos, los poderosos, los que hacen las leyes por el gusto exclusivo de barrenarlas apenas en vigor puestas, y los bajos, los indigentes, los acostumbrados sólo á callar y á sufrir ¡no tengan, aquellos duda! estos, seguirán su noble ejemplo.

Esa sería la única, la rápida y segura solución del tan cacareado problema social; que desde tiempo hace vienen buscando todos los gobernantes y estadistas de todas las políticas en nuestro pueblo, sin haber podido, hasta el día, encontrar la solución.

RAMÓN M.^a CAPDEVILA.



EL GORDO

Pasa con la lotería lo mismo que con los toros: mucho hablar de la barbárie de esta fiesta, en los periódicos, y pedir su abolición con discursos estentóreos; mas se anuncia una corrida, y allá nos marchamos todos, periodistas, oradores y moralistas y Zóilos: que una cosa es predicar y otra dar trigo ¡demonio!

Del juego de lotería se ha dicho, igual, de mil modos: que es una inmoralidad en que el pueblo paga el momio y se envicia y arruina, y el gobierno hace su Agosto.

Pero llega Navidad, y no aquellos, ni los otros, sinó en masa todo el mundo, así, todo el mundo, todo, desde el obispo al monago, desde el banquero hasta el golfo, desde el ministro al peatón, desde el general al *caloyo*, detrás de esos seis millones de pesetas, ¡tan hermosos! nos jugamos el dinero con un entusiasmo loco, y nos pasamos soñando mucho días con *el gordo*.

Todos, sabemos, al céntimos, lo que nos toca, en redondo, según lo que nos jugamos; y hay quien tiene, de esos fondos, echa la distribución y el empleo, forma y modo de colocar su dinero, cada cual con su propósito: aquél, comprar una casa; éste, emprender un negocio; uno, casarse enseguida; dar dinero á usura, otro; un hortera, establecerse; una fea, encontrar novio; un Militar, redimirse, divertirse mucho, un tonto; y hasta un mísero mendigo muy pobre que yo conozco, y que el hombre en el sorteo se juega dos «perros gordos» dice que como le toque, llena aquel día hasta el bordo una olla de las más grandes, y se pone como un choto el cuerpo, de arroz y alubias con navicoles y todo.

**

Señores ya llega el día ya falta poco, muy poco; á soñar mientras no sale del bombillo el premio gordo. Después de salir ¡adíos